

Numancia.

Encerrada soberbia entre sus muros
Luchando está la numantina gente,
Como lucha en la jaula el león rugiente
Queriendo destrozar sus hierros duros.

Del patrio amor á los consejos puros,
Muerte se da con decisión valiente,
Antes que doblregar la erguida frente
Ante émulos infames y perjuros.

Vibre el clarín la Musa historiadora
Y, admirando la ibérica constancia,
Diga al mundo con voz atronadora

Que Roma con su bélica arrogancia
De Numancia no fué la vencedora,
Porque á sí misma se venció Numancia.

PAZ.

Rotas de mis angustias las cadenas
En que ciego rencor me aprisionara,
Cual turbia fuente que se torna clara
Truécanse en dicha mis agudas penas.

Calmada ya la sangre que en mis venas
Impetuosa y ardiente circulara,
De mi antigua quietud, desde hoy más cara,
Las horas vuelvo á disfrutar serenas.

No más cortéis de mi sosiego el hilo,
Genios que perseguís nuestro reposo:
Dadme por lares miserable asilo,

Dadme por todo bien pan trabajoso,
Mas dejadme, por Dios, vivir tranquilo,
Porque vivir en paz es ser dichoso.

A Edison.

De este siglo que va vertiginoso
 Agitándolo todo en su carrera,
 Eres tú la magnífica lumbrera
 Que fulgura con brillo esplendoroso.

Nada puede al torrente prodigioso
 De tu inventiva alzar una barrera:
 Lo imposible borró de nuestra esfera
 La magia de tu genio portentoso.

¿Y hasta dónde tu numen atrevido
 Piensa encumbrar el incansable vuelo?
 ¿De otro cosmos por hoy desconocido

Piensas rasgar el misterioso velo?
 ¿Las edades al mundo te han traído
 Para que asaltes por ventura el cielo?

Envidia.

Llora la envidia con dolor sañudo
 La ajena gloria á que impotente aspira,
 Y del genio creador que en otro admira
 Cada chispa le arroja dardo agudo.

El dulce aplauso que alcanzar no pudo
 Y que arrancó el contrario, enciende su ira;
 Y el puesto del rival por que suspira
 Jamás perdona su despecho mudo.

Cansada, al fin, con su hálito asqueroso
 Quiere manchar un nombre acrisolado;
 Pero en vez de lograr su objeto odioso,

Nueva aureola le crea su pecado:
 Por eso es, en castigo, el envidioso
 El clarín que pregona al envidiado.

A Victor Hugo.

Atrevido Titán del pensamiento,
De la sublime concepción Alcides,
Ciclópea inteligencia que despides
El mismo resplandor que el firmamento;

Gilliatt del prodigioso entendimiento
Que los espacios insondables mides;
Vasta imaginación que sólo pides
Campo para tu raudo movimiento;

Volcán de inspiración asombradora,
Monstruo de universal sabiduría,
Olimpico cerebro que elabora

Lo que un Dios sólo elaborar podría;
Del espíritu humano nueva aurora,
Tú solo llevas en la frente el día.

A Waterloo.

No importa que en tus campos, impotente,
Rendido se haya quien invicto fuera,
Si por mucho que brille en su carrera
El sol, descendiendo al fin á su Occidente.

Su adversario le admira reverente
Y sus despojos con afán venera,
Al ver que la derrota ni siquiera
Un lauro ha desprendido de su frente.

Por él sólo ancha página ha ofrecido
A batalla tan célebre la historia:
Aunque suyo aquel triunfo no haya sido,

La gloria de ese triunfo fué su gloria:
El vencedor no fué, sino el vencido,
El héroe colosal de esa victoria.

Al ofrecer un album.

De Lutecia las hadas peregrinas
 Este álbum al partir darme quisieron,
 Y que en él yo guardara, me dijeron,
 De México las flores sin espinas.

De sus mujeres que hizo Dios divinas,
 Recoger en sus hojas me exigieron
 La gracia tropical, que no tuvieron
 De las gélidas zonas las ondinas.

Yo te lo ofrezco: y cuando en fiel relato
 Dulces cantores de inspirada vena
 En sus páginas pinten tu retrato,

Mi galante misión quedará llena:
 ¿Cómo cumplir mejor podré el mandato
 Que recibí en las márgenes del Sena?

Cadalso.

Alzado está el patíbulo horroroso
 Que una existencia cortará mañana,
 Cumpliendo la sentencia soberana
 Que código inmoral dicta afrentoso.

¿Quién dió al hombre derecho poderoso
 Para tronchar así la vida humana?
 ¿A quién corrige su justicia vana?
 ¿Qué bien resulta de su fallo odioso?

Bárbara sociedad, si de los vicios
 El imperio fatal destruir anhelas,
 Revoca los sangrientos sacrificios

A que salvaje sin razón apelas,
 Y en vez de levantar crueles suplicios,
 Inspirada mejor, erige escuelas.

A Carlomagno.

De excelso trono en la soberbia altura
 Maestro fuiste más bien que Soberano,
 Extendiendo munifica tu mano
 Que las tinieblas disipar procura.

De tu imperial alcázar la hermosura
 Tornaste en templo de Minerva, ufano,
 Lejos de hacerla, como prócer vano,
 De frívolo esplendor mansión impura.

Eterno el orbe en el espacio gira,
 Y, en vez de disminuir, tu gloria crece:
 Al paso que en la historia se retira

Tu atmósfera de luz, más resplandece:
 Mientras más vive el hombre más te admira:
 El curso de los siglos te engrandece.

A la memoria del Dr. Manuel Campos.

Si tuve como nadie la fortuna
 De conocer de tu alma la belleza,
 Y nunca descubrí que su pureza
 Empañara un instante sombra alguna:

Si con voz paternal siempre oportuna
 Me inspiraba virtudes tu ternura,
 Y enseñarme quisiste la nobleza
 Que no te abandonó desde la cuna,

Por más que mi ansia dolorosa esquivas
 Tras negra losa de sepulcro yerto,
 Y de tu amparo bienhechor me privas

Del mundo ingrato en el camino incierto,
 Siempre conmigo estás... conmigo vives...
 Para mi triste corazón no has muerto.

Lerma.

Al pie de verde y plácida colina,
Y á la orilla de un mar siempre espumoso,
Un pueblecillo alegre y delicioso
En balsámico lecho se reclina.

Allí habita el candor, la paz domina;
Allí, lejos del mundo ponzoñoso,
En su ambiente vivífico y radioso
Tedo al placer el corazón inclina.

De aspecto encantador es su paisaje;
De Nereida y Napea su hermosura;
De flores y de conchas su ropaje.

Yo quiero, para colmo de ventura,
A la sombra vivir de su follaje
Y en su arena cavar mi sepultura.

Á César.

Casi desde la cuna deslumbrado
Por la gloria sin par que te rodea,
¡Cuánto tu épica vida me recrea!
¡Cuánto por ti me siento entusiasmado!

Veinte siglos hasta hoy no han opacado
La aureola que en tu frente centellea;
Cien capitanes de ínclita ralea
No han tus egregios timbres eclipsado.

A tu marcha triunfal en vano opuso
Barrera atroz conjuración villana,
Porque en más alto pedestal te puso:

Aun rota tu diadema soberana,
Siempre será soberbio el que traspuso
El Rubicón de la grandeza humana.

Ovidio.

No se humille pequeño ante un monarca
 El que grande pulsó robusta lira;
 No tema de los Sármatas la ira
 Quien sólo gloria espera de la Parca.

¿Por qué la postración la frente marea
 De quien el genio ilustre Roma admira?
 ¿Por qué en el Ponto sin valor suspira
 El que en la mente el universo abarca?

Soporte su infortunio con nobleza
 El vate esclarecido de Sulmona:
 No empañe de su nombre la grandeza

Con elegías que cobarde entona
 Quien lleva, inmarcesible, en la cabeza,
 Mejor que la de Augusto, una corona.

Á Fulvia.

Si tu imagen pudiera mi porfia
 Arrancar á las sombras del pasado,
 ¡Con qué placer al mundo horrorizado
 Tu abominable rostro mostraría!

Aquí está la pantera, le diría,
 Que en nefanda mujer se ha transformado
 Para ultrajar el resto ensangrentado
 Del romano orador con saña impía.

Pero en vano de gozo sonreíste,
 Que en nada al mártir tu maldad amengua:
 Brillante aureola á su cabeza diste,

Dando á la tuya perdurable mengua;
 Y, aunque su lengua con furor heriste,
 Siempre se oirá de Cicerón la lengua.

Á Juan de Dios Peza.

En un libro sin pompa ni jactancia,
 Joya de la más tierna poesía,
 De los Dioses regalas la ambrosía
 Y el suave néctar que tu genio escancia.

Impregnado de bíblica fragancia
 Llena el hogar de encanto y alegría:
 Es todo un corazón cada armonía,
 Un pedazo de cielo cada estancia.

Al acercarse mi postrer momento
 De abandonar la vida transitoria,
 Lenitivo será de mi tormento;

Y á mis hijas, mostrándoles la Gloria,
 Les diré al exhalar mi último aliento:
 Aprended ese libro de memoria.

Á Nerón.

Siempre piadoso el corazón humano
 Al que en la nada duerme al fin perdona,
 Que al perdonar así, sabe que abona
 Por la innata flaqueza de un hermano.

En su sepulcro compasiva mano
 Deja como recuerdo una corona,
 Y santas preces la clemencia entona
 Por el olvido de su error mundano.

Mas para ti que el orbe convertiste,
 Al soplo de tus iras sanguinarias,
 De torpezas y horror en campo triste

Y en lecho de cenizas fuenerarias,
 Nunca tendrá la humanidad que heriste
 Ni perdón, ni recuerdo, ni plegarias.

Á Pasteur.

Escucha el himno que admirado entona
 Á tu talento y tu saber profundo
 Agradecido y satisfecho el mundo
 Que tus conquistas célebres pregona.

Higia y Minerva espléndida corona
 Tejen para tu espíritu fecundo
 Con laureles que al mártir moribundo
 No piden en los campos de Belona.

La ciencia por tu genio enriquecida
 Bálsamo dulce en nuestros males vierte.....
 ¡Qué gloria más hermosa y nunca habida

Que la que el cielo plugo concederte
 De encontrar los secretos de la vida
 En los arcanos mismos de la muerte!

Á un malvado.

Por más que quiera tu soberbia saña
 No lograrás mostrarme delincuente:
 Nunca manchar conseguirás mi frente
 Porque tu virus la virtud no empaña.

Si en mí presumes la flexible caña
 Que se dobla á las brisas obediente,
 Seré para tu cólera impotente
 Firme como granítica montaña.

A tu rastrero embozo que desdeño
 Opondré siempre el resplandor del día:
 Jamás cobarde me verá tu ceño;

Vulgar no me hallará tu villanía;
 Que nadie tiene el corazón pequeño,
 Cuando en sus hechos el honor le guía.

Á Pedro I. Pérez.

EN SU MUERTE.

Vengo á cantar sobre tu yerta losa
Con toda la efusión del sentimiento,
Porque olvidar no puedo que en tu aliento
Bebió la inspiración mi mente ansiosa.

Hoy pierde con tu muerte dolorosa
Un rayo de su luz el pensamiento,
Y el himno universal pierde un acento
Al romperse tu lira melodiosa.

Si las tumbas á mi alma entristecida
Su elocuente dolor comunicaran,
Yo hiciera, que, á mi cántiga afligida,

Cuantos saben llorar por ti lloraran,
Y en una inmensa lágrima sentida
Un eterno panteón te prepararan.

Á Jerusalem.

Vive, Salem, como un remordimiento
Por los siglos allí petrificado,
Lamentando el sacrilego pecado
Que cometió tu insano atrevimiento:

Cumple en interminable abatimiento,
De tu inmenso delito horrorizado,
El vaticinio del Profeta airado
Que elevó contra ti su augusto acento.

Nadie la sangre del Pastor Divino
Para arrancarte el pabellón tremola;
En tu seno llevarla es tu destino;

Ciudad impía, llévala tú sola,
Como lleva en la mano el asesino
La sangre de la víctima que inmola.

Á Ramón Aldana.

EN SU MUERTE.

Si un gemido tan sólo me quedara
En el fondo del alma para un muerto;
Si al entonar ante cadáver yerto
Mi voz un epiceyo, se apagara;

Si una ofrenda no más yo reservara
Para santuario á mi cariño abierto,
Y una flor sola en mi jardín desierto
Para ornar una tumba me restara,

Para ti fuera mi postrer sollozo;
Á ti cantara mi última elegía;
Al templo de tu fama presuroso

Mi oblación postrimera llevaría,
Y en el santo lugar de tu reposo
La única flor de mi verjel pondría.

Vita brevis.

Siglos y siglos há que el Himalaya
Levanta al cielo su imponente altura,
Y el Nilo con su histórica hermosura
En su inmortal corriente no desmaya.

Ni un punto estrecha sabulosa playa
Del Atlántico mar la vasta anchura,
Y del boabab antiguo á la verdura
Retarda el tiempo su infalible raya.

¿Cómo ha cabido al hombre desgraciado,
En todo superior en excelencia,
Absoluto monarca de lo creado

Por su estructura y noble inteligencia
Y á semejanza de su autor formado,
Tan efímera y frágil existencia?

Á Camila.

Una mujer buscaba que supiera
Comprenderme y amarme con ternura,
Y que al don celestial de su hermosura
El candor de los ángeles uniera :

Una mujer sensible que no hubiera
Otro amor abrigado en su alma pura,
Y que de horas aciagas la amargura
Con sus caricias disipar pudiera.

Y esa mujer en quien soñaba ansioso
Halléla en ti, Camila idolatrada ;
Soy por eso contigo venturoso ;

En cielo has convertido mi morada ;
Y en medio de mi dicha y mi reposo,
No faltándome tú, no envidio nada.

Á Eduardo A. Heredia.

Por ti no más en la amistad sincera
Pudo creer mi escepticismo helado :
Tantas veces vendido y engañado,
Por ti no más en la virtud creyera :

Por ti á la humanidad no aborreciera,
Que, con ella por ti reconciliado,
En mi senda de espinas has sembrado
Flores que nadie germinar hiciera.

Baja al sepulcro en paz, honra del hombre,
Y, al quedar para siempre en él dormido,
Ya que á legarnos vas tu digno nombre,

Danos también tu corazón cumplido ;
Y, si se debe al mérito renombre,
El tiempo para ti no tendrá olvido.

Á Lesseps.

Ya no alzan orgullosas las montañas
Hasta el cielo sus cumbres imponentes,
Ni los ríos arrastran sus corrientes,
Amenazando altivos las cabañas:

Los fuertes robles son débiles cañas;
Mansos se precipitan los torrentes,
Y hondos mares y duros continentes
Tiemblan por sus recónditas entrañas.

Porque á tu impulso ablándase la roca,
Y se abren á tus pies antros profundos;
Cede á tu mano la arduidad que toca;

Fértiles tornas campos infecundos;
Lo gigantesco tu poder invoca;
Mundos separas y eslabonas mundos.

Prepotencia.

No valido arrogante de la toga
Con que te envuelve inmerecida altura,
Uses con indefensos de bravura,
Cuando razón por ti ninguna aboga.

Si vanidad frenética te ahoga
Y quieres dar corriente á tu amargura,
Deja tu escudadora investidura
Y en campo igual tus iras desahoga.

Sólo enemigos como tú menguados
Y como tú maléficos y viles
Ofenden sin pudor parapetados

Con esbirros infames y serviles;
Pero es la ley: los hombres degradados
Atacan como atacan los reptiles.

Sursum Corda.

Tú no mandas, Señor, que arrodillado
Venere yo tu nombre bendecido:
Al hombre el corazón sólo has pedido,
No el exterior humilde y afectado.

Digno es de tu grandeza y de tu agrado
Reverenciarte con el cuello erguido;
Mirando al cielo se te ve, no hundido
En el vil polvo el rostro prosternado.

Para cantar tu gloria no hay laúdes,
Ni voz para rendirte acatamiento:
Tú no quieres palabras ni actitudes,

Sino el culto no más del pensamiento:
Quieres íntimo amor, verdad, virtudes.....
Quieres la religión del sentimiento.

Despotismo.

No es la pena que impone la venganza
De enemigo cobarde y altanero,
Lo que humilla al que, noble, en su sendero
Sin torcedor en la conciencia avanza.

Quien poniendo en la fuerza su confianza,
Con abusivas armas lucha artero,
Es oprobio, no triunfo verdadero,
Lo que en su inicua pretensión alcanza.

Jamás ha sido de opresor tirano
Honroso timbre el insolente yugo:
Al mismo Dios, en misterioso arcano,

Víctima hacer de Jesucristo plugo;
Que al mártir quiere el corazón humano,
Y maldicen los hombres al verdugo.
